

Capítulo extra de ‘Nos espera la noche’, no incluido en la edición final del libro.

¡No! -gritó- ¡No!

Se cubrió con las sábanas.

- No... -murmuró en voz más baja- Debe de estar amaneciendo, y me he quedado dormida sin pensar en nada, descuidada y enferma. Deben de ser las cuatro, las cinco. Y esa mujer dijo que no era más que un enfriamiento. *No salgas de casa sin abrigarte la garganta. El aire es traicionero y clava cristales en el aliento.* Dicen que el tiempo es dulce en estos días. Mienten. Algo que se acaba jamás puede resultar dulce; por eso se sienten tan dolorosos los últimos días de otoño, con hojas bailarinas, por eso hay lugares eternos donde la niebla aparece entre los árboles bajos. Me arde la frente. Esa mujer ha de estar dormida. Me despierto gritando y empapada en sudor, pero todos duermen mientras yo estoy enferma, y nadie viene para levantarme la cabeza y darme a beber el jarabe para que pueda descansar y me deje la tos, ni la morfina para que me abandone la memoria. Habré de levantarme tiritando y buscarla. Y Fingal no está.

Me dicen que no olvido, pero nadie olvida, y cada día queda fijado en la memoria por los mil detalles que distinguen un aire del otro y la primavera del invierno. Contra el tiempo que derrota, nada es posible.

Hace tanto que no lloro, ni con la casa, ni por los cisnes, ni por el primo prematuramente muerto, que me temo estar olvidando llorar.

Reason me preguntó "¿Tu primo?", y yo repetí "Sí." Debería haber dicho mi marido. ¿Por qué no le llamé, con toda normalidad, mi marido? Durmió la mitad de su vida en mi cama. En el verano dejaban abiertas una de las habitaciones altas, en las que el techo se inclinaba hacia la ventana. *¿Duermes? ¿Por qué no duermes?* Jugábamos sobre la alfombra, descalzos, con los pies llenos de polvo, y nos ocultábamos para que no nos obligaran a bañarnos antes de acostarnos en dos camas de madera, una azul y otra rosa, una con pajaritos pintados y la otra con flores y lacitos.

Cuando todos dormían yo me pasaba a su cama y le contaba las historias de la Cacería Salvaje. Jansen no lo reconocía, pero sentía miedo. Una de las veces, cuando volvíamos a Convalaria y se había hecho de noche, escuchamos entre los arbustos un ruido extraño; yo creí que era un jabalí, y me quedé inmóvil, temblando en medio del camino. *No andes por el monte sola; la noche puede sorprenderte, y los lobos te devorarán y yo me moriré de pena.* Jansen echó a correr y la grava rechinaba bajo él. Los arbustos se abrieron y apareció entre ellos Himbere, riendo. Se había escondido, y raspaba dos piñas una contra la otra. En la noche sonaban como un gruñido. Le gustaba meternos miedo.

- ¿Y tu primo? -preguntó.

Yo bajé, la cabeza y me cogí de su manga.

- ¿No has tenido miedo? –preguntó.

En el verano en que cumplí trece años Jansen desaparecía con frecuencia. Cuando le preguntaba dónde había estado, respondía;

- *Por ahí.*

El día de mi cumpleaños me llevó al refugio que habían construido con troncos. Lo había dibujado claramente y le habían cumplido el gusto. Fue el primer regalo. En cuanto corté la tarta nos escapamos por detrás. *Mira por dónde vamos en el bosque; te ensuciarás el vestido y las manos, y dejaré de quererte.* Jansen me llevaba de la mano y corrimos hasta quedar sin aliento, al refugio, y me hizo sentar. Entonces me tendió un broche con un granate en cabujón. Ese fue el segundo regalo. Lo había robado del joyero de su madre. Y me dijo que nos casaríamos, y esperamos cinco años y nos casamos.

Es extraño que se pierdan los deseos, y no sentir ya suciedad ni dolor, sólo aburrimiento y desencanto, y otra vez aburrimiento. Quizá las cosas cambien. Las cosas siempre deben cambiar. Las camas azules y rosas ya no están, perdidas bajo las hojas secas que vuelan por la ventana, las escaleras rotas y las sábanas blancas desgarradas y manchadas. Mi casa ha muerto, pero creo que soy yo la que estoy muerta, y que es sobre mi cuerpo sobre lo que los pies pasan, que entre mis dedos la lluvia anida, que el viento hace caer uno a uno mis dientes y no las piedras, las puertas arrancadas y desnudas, las paredes con huella de fuego.

A veces se encienden las luces cerca y desde el camino el esqueleto de mi casa fosforece como los cadáveres en los cementerios. *Nunca vayas sola al cementerio; hasta los cisnes saben dónde no perderse.* Los cisnes continúan deslizándose como serpientes sobre el estanque lleno de ramas caídas, abriéndose camino entre la hojarasca. Las aguas se caían hacia el río, cubriendo podredumbre y tritones llenos de escamas, con garras de diamantes triangulares. Eran negras y transparentes, con algas y plantas acuáticas en el fondo y pequeños insectos zapadores que nadaban en la superficie. La ahogada de ojos de burbujas y perlas se perdía sumergida allí. Los cisnes jamás salían de su círculo de sauces y juncos lastimosos, y comían el pan y las migas que mi madre y yo les arrojábamos. *Nunca cruces el río sola o perderás la memoria. Es un río maldito.*

Un día mi madre no trajo la cesta para los cisnes. Se sentó en el banco de piedra junto al estanque para llorar, mordiéndose las uñas, y destrozando a tiras un pañuelo. Yo le di la espalda y llené el estanque de hojas de sauce. Bajo el agua parecen verdes y plateadas. Mi madre dijo "Hemos de irnos". Dijo "¿Qué va a ser de nosotras?". Dijo "Ahora que tu padre ha muerto". Yo miraba para el agua. Tengo fiebre. Se me ha metido dentro la neblina pegajosa, las coles que crecen altas y los nabos que se logran a las orillas de los caminos, amarillos como las almas de los muertos, las flores del tojo que me punzan dentro y las camelias de botones redondos, y las palmeras que no se logran con la humedad. *No cruces el río del olvido.*

En Astoregar aprendí quiénes eran los grandes señores que llevaban el nombre de condes, hombres con poder, señores llenos de oro, rodeados de parientes, protectores de su gente y de monasterios de los que se hacían perdonar sus pecados con espléndidas donaciones, patriarcas un poco dioses, acostumbrados desde antiguo a usos caballerescos. Decidí casarme con un conde rico y poderoso y protegido por parientes, para que nadie lograra arrojarme nunca de mi casa y para que los padres no murieran nunca. Pero mi primo era un conde, y estaba solo. Una vez quise decirle "Vives, Jansen."; pero él ya había muerto. No es que yo sea muy lista, pero sé tener los ojos abiertos. No, no, no.

Soy una colección de sueños expresados con voz ronca. Luego hay una parte fea y descolorida, derribada y cubierta de hiedra, un ánima en pena que vaga por las ruinas de Convalaria buscando el descanso, espantada por los viajeros del camino. Entre las losas debe haber alguna con mi nombre, alguna que hable de Ilona Estejarda Athairfada, llorada por su inconsolable esposo. Así ha de ser y no al revés. Soy yo la muerta, porque su casa continúa en pie, y tras de mí nada queda.

Cuando mi padre murió acababa el invierno y las mujeres caminaban descalzas y con el pelo suelto por las tierras, bajo el valo de la luna, abriendo agujeros en los sembrados con varas de avellano. El valo de la luna me pone siempre tan triste. Los palos contra el suelo parecen estar golpeando contra las puertas de la muerte. *Si estás triste yo también estaré triste. Sonríe. Dame la mano.* Las Angélicas me hacían vestir un uniforme con capita azul, y al regresar a casa descosía las esquinas del dobladillo y jugaba a ser mariposa y levantarme como un águila sobre la ciudad. *Nos casaremos.* Llegaba mi madre, y me reñía y me hacía coser de nuevo la capa. Luego venían a visitarla. Posó su mano sobre mi hombro y me dijo "Voy a casarme. Soy feliz, Estejarda. Tendrás otro padre y un hermano. Saluda. Tiende la mano. Dale un beso a ese niño. Es tu hermano ahora". Mainrad me besó. Cuando subimos a mi habitación, Jansen le abofeteó. *Y tú, nunca vuelvas a besarle,* me dijo. *Nunca vuelvas a besar a nadie. Nunca.* Y así fue como mi madre se casó con un hombre rico y poderoso y rodeado de vasallos, y dejó de tener sentido casarme con Jansen. Necesito la inyección. Me asalta el miedo del niño al mayor y del mayor a lo pasado.

A veces la sangre asciende por la aguja y me sorprende no sentir dolor, sino una tranquilidad que me deja cansada y confiada, mecida en dulces alas de pájaro en el agua. Mis batitas y mis libros llevaban mi nombre, el nombre de lápida de Ilona Estejarda Athairfada, pero estaba Ilona Estejarda, que era buena y generosa, y Estejarda Athairfada, retorcida y maléfica como un alacrán, y en medio de ellas Estejarda trataba de guiar el barco zarandeado por la niña que regalaba sus cosas hasta quedar sin nada y la que quemaba los bajos de las cortinas con las colillas abandonadas y luego escuchaba escondida los gritos para su hermano. Las Angélicas tenían un refectorio fresco y lleno de plantas y retratos de alumnas. Bordaron la tela para mi vestido. *Ahora vivirás feliz para siempre. No cruces el río. No salgas de noche. No te pierdas en el bosque. No sientas el frío. O dejaré de quererte.*

Sí, paz, sí, placidez. Me dijeron que allí estaba la muerte y aquí la vida, el cielo arriba y el agua abajo, pero veo que somos la historia que se cuenta en un libro con una tapa de cielo y otra de agua, y que el río es mi sangre, el suelo el techo, y que las cosas giran y cambian y se confunden. Hubiera debido llorar por Jansen, por mi casa y las... oh, Fingal, Fingal, norte, mi norte, mi casa y las camas rositas. La vista se nubla. Cuanto más vivimos... mi garganta llena de hielo... no comprendemos. Pero yo tenía trece años. Dormía con Jansen. Me despertaba y regresaba a mi cama para que los mayores no me encontraran allí. Estejarda Athairfada decía "Ahógale con la almohada. Hazle sufrir. Huye, huye, huye". Ilona Estejarda le acariciaba. Y Estejarda lloraba entre las dos, llevada y traída, y los cisnes navegaban por la casa entre los rosales y mi sangre. No es que yo sea muy lista. Oh, Fingal. La primera vez que oí su voz vi bajar las nubes. La primera vez que toqué su mano, pensé en escapar. *Estejarda, mírame, Estejarda, Estejarda.* Así dijo el médico; "La condesa precisa de diversión". Y yo dije "Dadme a Fingal". *Pídeme el cielo, Estejarda. Recuerda nuestros juegos. He traído tus viejos cuadernos. Nuestros nombres están escritos en ellos. No le mires, no le veas, no le beses. Estejarda...* Yo repetí "Dadme a Fingal". Y Fingal dijo; "No sabes quién soy. Me sigues como quien sigue un sueño revelador." Aquel cielo, aquel infierno que vagaba por sus ojos irregulares, la voz lenta y firme como el agua, un universo nuevo y angélico en el instante en que Fingal, el ser que no era de este mundo, que vino de lejos disfrazado de hombre, me miró, y de pronto pensé "Es él, es el ser de leyenda que ha de venir a por mí, rico y poderoso, el hombre legendario de mis sueños", los sonidos de sus pasos, el pelo blanco de tan rubio siempre sobre la frente, el mundo que callaba ante sus silencios... *Ya la noche no tiene secretos para ti, y frecuentas el río, y no recuerdas nada, y sabes zarandearme como a un niño.* Si una vez acaricié a Jansen, quizás fue cierto que perdí la memoria en el río, y que Fingal me trajo nuevas vestiduras. Hay amigos nuevos, y nuevas dudas, y miedos que revolotean por el estómago; ah, sin dudas no seríamos humanos, por más que yo me vuelva cada vez más urraca y menos cisne, pero ellos me obligan a vestir de negro, y odio el color negro, el negro es horrible, no, el negro es, simplemente, y pesa mucho llevarlo, deberíamos pensar más las cosas. *Me iré, Estejarda. Me iré.* Estejarda Athairfada asentía; "Ve a cruzar el río tú también. Yo tuve una casa y ahora tengo ruinas. Y Fingal se ha ido, espantado por la sangre. Y Fingal se ha ido, espantado por la lluvia. Enciérrame y mátame de hambre". Las horas pasaban lentas sin Fingal, mientras añoraba sus pasos felinos, y soñaba rabiosa, enfebrecida por compartir su cama, arañando el colchón y arrugando las sábanas que se arrancaban de los bordes, y sentía sobre mí su peso, que era el peso del cielo, y mi boca llena de la boca de Fingal, los oídos llenos de agua, una pesadilla brutal y desgarradora que se volcaba en otra pesadilla real al ver el día que continuaba y Fingal lejos, sin la refinada crueldad de al menos sentirle otra vez en mi casa, de espiarle y captar una mirada plena y directa cada noche, de sus ojos, en uno la tierra y en el otro el cielo, cuando yo le esperaba con la puerta entreabierta y sentada en la cama atenta a los ruidos, segura de que esa noche acudiría y me destrozaría a dentelladas como los lobos del bosque, ahogándome entre las plantas acuáticas, y Fingal lejos, el dios, el norte mutable y fugaz. La puerta se entreabrió para dejar paso a otro, a otros, pero nunca era Fingal y todos eran Fingal, Fingal en todo, noche y luz, Fingal aquí, desnudo junto a mi cintura, sus ojos insólitos y diferentes entre

brumas abiertos de pronto, tenso y alerta como un gato, la boca entreabierta, los labios machacados. Y mientras pensaba en él daba vueltas sobre la cama en penumbra, se me fundían los huesos, como a una muñeca de trapo, sucia y rebelde, golpeaba los colchones y gritaba en alaridos cada vez más intensos, imaginaba la zona oscura de su vientre, una lucha incesante de reptiles en movimiento, la carne abierta en vivo y las venas derramando sangre, a arañazos, a mordiscos, a bofetadas y huesos doloridos, volaba, volaba, era un cuerpo cubierto de agua, un grito en el aire, nada bajo él, aprisionada por las manos de Fingal que podrían desmembrarme como a un pajarillo, atada a él con mi pelo, mi boca sumergida en su cuerpo como otro cisne en las aguas negras, y yo más lejos, más arriba, perdida, lloraba de amor y de rabia, y esperaba que la muerte me rematara. Fingal lejos, Fingal fuera, todos Fingal y todo Fingal, en mis manos, en los rosales podados, en la lluvia, la habitación abierta y la cama acogedora y desnuda. Y dije "¿Nunca debía besar a Mainrad? ¿Nunca?" sabiendo, Estejarda Athairfada lo sabía, el daño, la ofensa que era para mí que nadie fuera Fingal, no es que yo sea muy lista, es que los demás son tan tontos, nunca decir lo que se desea, ay de mí si lo lograra, *moriré si no me amas, Estejarda*, el mundo acabaría tan enseguida, *¿no me amas?* la herida cauteriza y los flancos sanan, el otro envidioso Dios acecha desde el techo de la iglesia y vuelve a su puesto, y Estejarda al suyo, y el cisne nada por las vigas, y caerá, o no, quién conoce el destino sino que nací para amar y se me castiga por hacerlo, Fingal que apenas regresó para verlo en un minuto, en la fiesta, antes de perder la voz para siempre y sumergirme en el laberinto, oh, olvidar todo y marcharme, enterrarme entre las hojas caídas, volver a dormir, encogerme junto a la espalda de Fingal, donde quiera que esté, quienquiera que sea, y Jansen decía *me matarás, Estejarda*, y yo dije, "Muere, entonces.", y Jansen se fue a una casa de mármol extraña y cuadrada, regada de flores macilentas y hormigas, con una hermosa frase para escribir con mayúsculas góticas en un cuaderno escolar que sepa absorber la tinta como es debido, Jansen Gyomaendrod, tan tiernamente llorado por su desconsolada esposa, al lado de una regla de tres, en un cajón que contenía un anillo de bodas y una lista de invitados al fin rota, o extraviada, ya no recuerdo, y un par de gemidos dolorosamente exprimidos, una casa de hiedra que se deshoja, muchas sombras que se despiden y juegan con cisnes, un tramo de flores apolilladas, yo te quería, yo te quería, yo te quería.